



## La transcendencia de la Lengua Española en el siglo XXI

**JOSÉ ANTONIO HERNÁNDEZ GUERRERO**  
(*Catedrático de Teoría de la Literatura, Universidad de Cádiz*)

Excelentísimo Señor Director de la Academia Hispanoamericana, doctor Bustos; Ilustrísimo Señor Académico, doctor Ramos –querido amigo Manolo, te estoy hondamente agradecido por esta generosa, amable y sentida presentación–, Ilustrísimos Señores Académicos, Autoridades académicas y profesores de la Universidad de Cádiz, Miembros del Club de Letras, Señoras y Señores, Amigos:

Gracias. Les confieso que, en nuestro diccionario de la Lengua Española, no encuentro otra palabra que se ajuste con mayor precisión al sentimiento profundo que experimenté cuando el Señor Director de esta Academia Hispano Americana, doctor don Manuel Bustos Rodríguez, me comunicó la grata noticia de mi elección para que pronunciara esta conferencia sobre la Lengua Española.

Para mí constituye un imprevisible honor hablar en una institución tan prestigiosa, de la que forman parte personalidades ilustres en el universo de nuestra cultura, especialistas acreditados en el ámbito de la Historia, de la Literatura, de la creación poética, de la Economía y de la Medicina, y, sobre todo, eminentes sabios en la vida humana. Me siento honrado, sorprendido y agradecido. Les ruego, amigos, que, en esta ocasión, sean benévolo en sus juicios críticos.

La importancia de la Lengua Española es en la actualidad objeto de estudio en la totalidad de manuales didácticos e, incluso, en diversas monografías especializadas pero, en sus análisis, la mayoría de ellos aplican criterios cuantitativos: miden la cantidad de hablantes, el porcentaje, el ritmo de crecimiento, el número de millones de personas de todo el mundo que estudian español actualmente, su uso en Internet, en los *smartphones*, en las redes sociales, en Facebook y en Twitter; relatan el número de países y su repercusión en el crecimiento económico.

Explican, por ejemplo, cómo, compartiendo el idioma español, se multiplican por cuatro las exportaciones. Evalúan también el crecimiento de la producción científica y en las áreas de las ciencias sociales, en las ciencias médicas, en las humanidades y en las artes.

El español es, en la actualidad, una lengua imprescindible para la información y para la investigación de las ciencias humanas, sociales y naturales.

Ese es el fundamento y el objetivo del Proyecto “El Español. Lengua Global”, como una herramienta de creación estratégica con el fin de complementar y de expandir los objetivos y las potencialidades específicas de nuestra Lengua en el mundo, poniendo el acento en tres dimensiones: el español como producto, como soporte y como mercado.

En esta ocasión, teniendo en cuenta la naturaleza científica de esta institución académica, prefiero esbozar un análisis lingüístico de la esencia de la Lengua Española como instrumento potente de conocimiento de nuestro mundo, como herramienta compleja de expresión personal y como mecanismo dinámico de comunicación social.

Aunque soy consciente de que formular una definición de la Lengua Española con la intención de alcanzar sus últimas raíces constituye una tarea pretenciosa –e, incluso, presuntuosa–, creo que los estudiosos de la Lengua Española contraemos el deber profesional de esforzarnos por descubrir los supuestos en los que sus usuario –hablantes, escuchantes, escritores y lectores– hemos de fundamentar nuestros análisis interpretativos y valorativos sobre nuestra Lengua Española, uno de los patrimonios más importantes que hemos heredado y que hemos de administrar con responsabilidad.

Al menos, hemos de reconocer que esta tarea de calar en su intimidad constituye un inevitable punto de partida para orientar la descripción y la definición de esa herramienta que, de diferentes maneras, contribuye a nuestro crecimiento personal y a nuestro bienestar social, económico, cultural, religioso e, incluso, político.

Sintetizándola, formulo mi propuesta de la siguiente manera:

La Lengua Española es una herramienta imprescindible para leer profundamente la peculiaridad de nuestra vida individual y colectiva, para vivir nuestra vida de una manera intensa, más consciente, más plena y más humana. Con esta afirmación trato de evitar esa tentación a la que, de manera reiterada, han sucumbido algunos especialistas, sí, algunos de los lingüistas: replegarse en su esencia y encerrarse en su torre de marfil alejada y, a veces, opuesta a la vida real de los seres humanos que habitamos en España y en Hispanoamérica.

Sí; afirmo desde el principio que el uso correcto y creativo, riguroso y bello de la Lengua Española humaniza –ha de humanizar– la vida. De una manera más concreta, afirmo que el conocimiento a fondo de la Lengua Española contribuye –ha de contribuir– de una forma decisiva a la pervivencia actual del rigor científico –de todas las ciencias–, de la sensibilidad artística –de todas las artes– e, incluso, de la conciencia ética y de los comportamientos morales.

Nos ayuda –nos ha de ayudar– para que nos defendamos de los ataques permanentes de la vulgaridad estética de la sociedad y de la brutalidad política; nos protege de la ordinariez ambiental y de la crueldad institucional, y nos estimula para que seamos coherentes con nosotros mismos y honrados con los demás.

Esta concepción –queridos amigos– no es obvia ni general porque, como es sabido, los estudios lingüísticos del pasado siglo XX proponían nociones gramaticales aisladas y contrapuestas a las demás actividades humanas. Yo me permito defender, por el

contrario, que la Lengua Española está impregnada e impregna esa realidad compleja que es la vida humana de los españoles y de los hispanos.

Estoy convencido de que la pregunta sobre la esencia de la Lengua Española hemos de inscribirla en otra cuestión más permanente, más acuciante y más importante: es la averiguación sobre el sentido de la vida de los españoles, sobre el significado de la existencia humana de los que habitamos en estos espacios, en estas tierras que se llaman España e Hispanoamérica.

Todos sabemos por propia experiencia que la Lengua Española –además de ser un instrumento de conocimiento de nuestra realidad individual y colectiva– puede ser –debe ser– sentida y experimentada, y, en consecuencia, ha de ser respetada. Hemos de reconocer que los hablantes de la Lengua Española, cuando abordamos unos temas relacionados con la vida cotidiana –con la soledad o con la compañía, con la familia o con la sociedad, con la comunicación o con la incomunicación, con el bienestar o con el malestar, con la lucidez o con la locura que subyace en la mayoría de los gestos diarios–, aunque transitemos por una senda diferente a la del filósofo o a la del asceta, caminamos, igual que éstos, hacia la búsqueda del sentido humano de la vida.

La vida, cuando es contada e interpretada por la Lengua Española, queda organizada y transformada por la acción de las palabras, y las palabras se llenan de sentido por la vida. El drama de la Lengua se produce cuando nuestros discursos no establecen contacto entre la Lengua y la vida: una vida que ha de ser aclarada por las palabras, y unas palabras que hemos de sujetar por la vida. Recuerden que Heidegger afirma que “el hombre habita el lenguaje”.

Cuando afirmo que la patria es la lengua, quiero decir que nuestra Lengua lleva entretejida nuestras experiencias humanas individuales, familiares y colectivas, los episodios actuales, los hechos históricos y los proyectos y las aspiraciones de futuro. Lo que ocurre es que no nos damos cuenta de la importancia de esta influencia porque tenemos la Lengua de tal modo automatizada, incorporada, que no nos percatamos de su poder decisivo en nuestras ideas, en nuestras convicciones, en nuestros sentimientos, en nuestras esperanzas, en nuestros temores e, incluso, en nuestras actitudes y en nuestras conductas.

No somos conscientes de que sólo a través de la Lengua pensamos, no advertimos que la Lengua Española configura nuestras convicciones más hondas y dibuja los lazos que nos modelan como sociedad. Por eso –y es la conclusión más obvia– la enseñanza de la Lengua es un proceso de altísimo valor educativo porque contribuye, de una manera eficiente, a hacernos conscientes de la influencia decisiva de las palabras en la vida.

En segundo lugar, hemos de advertir que la aspiración esperanzada de los hablantes nace no sólo de la necesidad de expresar nuestro propio concepto de la existencia humana, sino también de la búsqueda de un interlocutor o del descubrimiento de la posibilidad de que alguien escuche con atención y con respeto nuestra voz y que, en cierta medida al menos, nos acepte y nos comprenda, nos respete, nos aprecie y nos valore.

Advirtamos que hasta los lenguajes más elementales, hasta el simple ¡ay!, busca un destinatario posible. El lenguaje, aun el más irracional, el llanto mismo, nace ante un posible oyente que lo recoja, lo escuche, lo atienda, lo entienda, lo interprete y lo responda.

Sí; podemos afirmar que la Lengua Española es una senda por la que nos salimos de nosotros mismos para situarnos ante algo que pretendemos asimilar, ante alguien con quien queremos convivir y, sobre todo, ante la vida humana que estamos dispuestos a vivir.

Por eso, nuestra Lengua Española expresa y retiene nuestra vida; revela sus entrañas en un doble y complementario movimiento: el de distanciamiento de nosotros y el de la búsqueda de un soporte que nos sostenga y nos aclare nuestra visión de las cosas y nuestra interpretación de los episodios.

Advirtamos además –queridos amigos– que las raíces psicológicas de nuestra actividad como hablantes y como oyentes, como escritores y como lectores, residen en ese fondo humano de un profundo descontento y de una aspiración esperanzada: el descontento de lo que todavía somos y la aspiración esperanzada de lo que pretendemos ser.

Sin un profundo descontento, sin la percepción de cierta insatisfacción, no saldríamos de nosotros mismos en busca de horizontes diáfanos y renovados, porque, si no aspiramos a elevar, a trascender nuestras vidas, seguiremos arrastrándonos por las sendas borrosas de la desgana, por el horizonte gris de la apatía y por el lodo anodino del aburrimiento.

Sí, mediante el uso correcto, riguroso, apropiado y respetuoso de la Lengua Española ejercemos el papel de protagonistas y de artesanos de nuestros destinos porque así nos resulta más fácil trazar y elegir nuestros caminos en la inevitable empresa de proporcionar sentido a nuestras existencias.

La vida y cada una de sus tareas tienen sentido para los seres que, en vez de abandonarse a unas ocupaciones vanas o fútiles, toman su existencia en sus propias manos: sólo viven la vida de una manera humana los que, al ponerles palabras precisas, hacen de ella una creación original, humana y humanista o una obra artística hermosa y grata.

Por todas estas razones, opino que la función fundamental de los estudios de la Lengua Española es la de descubrir los vínculos que unen las palabras con nuestras vidas: ésta es, a mi juicio, la única forma de asegurar su supervivencia y de aprovechar su fecundidad.

Aunque no caigo en la ingenuidad de afirmar que los valores lingüísticos por sí solos nos humanizan, sí me atrevo a aventurar que las palabras que explican la sustancia humana pueden ayudarnos para cultivar la sensibilidad, las ideas nobles y los sentimientos sutiles, para amortiguar los golpes de las acechanzas de la vulgaridad y de las brusquedades.

Permitanme –queridos amigos– que les diga que, si pretendemos luchar contra la mediocridad, tendremos que superar la proliferación de la verborrea y escuchar el latido y la zozobra del sentimiento humano, para así evitar, en lo posible, el uso de los clichés gastados por la dilapidación pedante y por la ordinariez irreflexiva.

Insisto en que concibo, explico y aplico la noción de la Lengua Española como un cauce que nos conduce a una experiencia de la vida más “vital”, más consciente, más intensa, más plena, más noble y más humana. Hablar, escuchar, leer y escribir es vivir, paladear, saborear, exprimir cada objeto y cada episodio.

## La Lengua Española es, sobre todo, una manera de mirar

- para descubrir la sustancia de las cosas,
- para traspasar los límites sensibles a los sucesos,
- para desnudar de disfraces y de caretas a las personas,
- para penetrar en el fondo oculto de la mente,
- para trascender las apariencias engañosas de los gestos,
- para interpretar el significado de nuestras esperanzas y de nuestros miedos,
- para apropiarnos de las esencias de los objetos,
- para crear y para recrear paisajes,
- para construir y reconstruir mundos en colaboración y en armonía.

Si creemos en el poder incisivo de la Lengua para desentrañar los misterios de cada día, hemos de tener claro que, además de desarrollar habilidades lingüísticas –fonéticas, gramaticales y léxicas–, hemos de aprender a mirar la realidad atentamente y aplicar, además de la inteligencia, la fuerza creativa de la imaginación, el aliento de los valores morales y la fuerza transformadora de una voluntad permanente de seguir creciendo, ayudando y sirviendo para mejorar nuestro mundo.

No se oponen, por lo tanto, lengua y vida, ya que constituyen dos ámbitos mutuamente implicados e interdependientes: cada uno de ellos determina y explica la naturaleza y el significado del otro. Las palabras funcionan en la medida en que definen e interpretan, exteriorizan y objetivan los rasgos profundos de los hablantes de un lugar geográfico, de una determinada sociedad y de un momento histórico.

Estoy seguro, estimados amigos, que sus experiencias como hablantes y como oyentes ponen de manifiesto que la Lengua Española expresa y apresa la vida; revela sus entrañas en un doble y complementario movimiento: el de distanciamiento de sí y el de la búsqueda de un soporte que la sostenga y la aclare.

De esta manera rescatamos aquellos conceptos tradicionales que definían la Lengua Española como una herramienta privilegiada de interpretación y de recreación de la vida humana; como un procedimiento de reproducción de los objetos y de los comportamientos humanos, de descubrimiento de sus significados profundos y de asignación de nuevas propiedades y de inéditas funciones. La vida es, por lo tanto, el punto de partida, la senda que hemos de recorrer y la línea de llegada.

Desde esta perspectiva podemos afirmar que la palabra, tanto la científica como la literaria e, incluso la coloquial, nos sirve para penetrar en nuestro interior y para contemplarnos desde fuera, para ocultar o para descubrir los misterios ocultos en la realidad y para acercarnos o para enfrentarnos con nuestros interlocutores.

Nos hace pensar y reflexionar, sentir y emocionarnos, disfrutar y sufrir, llorar y reír, y, en cierta medida, nos puede ayudar para que humanicemos nuestras relaciones, aunque a veces la usemos para deshumanizar a la persona y a la sociedad.

Por eso hemos de ser conscientes de que el descuido de la Lengua puede contribuir a degradar nuestra interpretación del ser humano y a embrutecer nuestra sensibilidad ética

y estética: maltratar nuestra Lengua es malgastar nuestro ser histórico y arruinar nuestro porvenir colectivo.

La Lengua, además de ser el andamiaje imprescindible del pensamiento, es el vínculo más potente de cohesión social.

Permítanme –queridos amigos– que les recuerde que la confusión de lenguas es un castigo que nos viene de lejos y está fuertemente arraigada en nuestra cultura y en nuestra forma de pensar porque, en vez de unirnos, nos separa; en vez de enriquecernos, no empobrece.

Como resumen y conclusión podemos definir nuestra Lengua Española como un instrumento, como un vehículo, como un símbolo y como una clave.

Es un instrumento potente, complejo y dinámico que, si lo usamos de forma adecuada, nos sirve para modelar nuestras ideas, para fundamentar nuestras convicciones, para interpretar nuestros sentimientos, para entender a nuestros interlocutores y para edificar un mundo más confortable, más ordenado, más justo y más saludable.

Pero hemos de tener claro que, para que la Lengua cumpla esta importante función, es necesario que la utilicemos de forma adecuada, correcta, rigurosa y precisa.

Y es que, además, mediante el cumplimiento de estas exigencias lingüísticas, manifestamos y generamos respeto, responsabilidad y disciplina para cultivar los principios que fundamentan y las pautas que orientan los comportamientos racionales y las conductas nobles de los seres humanos.

El respeto a la Lengua expresa de manera directa el respeto a la vida humana individual y a las relaciones familiares, profesionales y sociales. Esa actitud de respeto es la manifestación clara de nuestra valoración de la dignidad suprema del ser humano, es –o debería ser– el fundamento último de todas las normas que regulan nuestros comportamientos éticos, nuestras relaciones sociales e, incluso, nuestras actividades políticas.

Sí; pensar, hablar, escribir, leer la Lengua Española nos hace que contemplemos y vivamos la vida de una manera diferente a como la contemplan y la viven, por ejemplo, los rusos, los japoneses o los chinos.

Es un vínculo para unirnos, para reunirnos, para conectarnos y para comunicarnos. Permítanme que insista en que la Lengua Española es un vínculo tejido con sensaciones, emociones, ideas, convicciones compartidas y convividas.

Es un símbolo, es un soporte de identificación colectiva, es un hecho social, económico, cultural, religioso y político que nos retrata y nos representa, porque construye una integración simbólica: la Lengua Española es, efectivamente, nuestra mejor bandera.

Pero tenemos también que reconocer que esta ilimitada potencia, esta difícil complejidad, este permanente e imparable dinamismo constituyen también las raíces de su dificultad y la explicación del riesgo grave de romperla, de hacerla añicos dispersos, de enfermarla y de corromperla.

En concreto ¿qué hemos de hacer?

1. Seguir mejorando nuestro conocimiento de la Lengua Española y de su influencia en nuestro crecimiento y en nuestro bienestar personal, cultural, religioso, profesional y económico.

2. Valorarla, estimarla y amarla como uno de los patrimonios más ricos que poseemos.

3. Cuidarla y trabajar para rentabilizar sus cuantiosos beneficios individuales y colectivos.

4. Respetarla reconociendo su dignidad.

Ésta es la razón de la existencia de la Academia y de las Academias, unas instituciones necesarias que han de velar por la salud, por la unidad, por la vitalidad, por la pureza y por la elegancia de la Lengua Española.

Termino pronunciando la palabra con la que comencé esta intervención: gracias. Una palabra eufónica, bien sonante, con unos efectos acústicos agradables por la combinación de sus sonidos, pero, además, una palabra valiosa por sus valores semánticos tanto denotativos como connotativos: dar las gracias es, efectivamente, reconocer explícitamente la magnanimidad, la grandeza, de quienes han tenido la generosidad de invitarme y la paciencia de escucharme: gracias, gracias y gracias.

*Salón del Claustro de la Diputación  
Cádiz, 24 de abril de 2018*